

Matilda

La lectora de libros

Ocurre una cosa graciosa con las madres y los padres. Aunque su hijo sea el ser más repugnante que uno pueda imaginarse, creen que es maravilloso.

Algunos padres van aún más lejos. Su adoración llega a cegarlos y están convencidos de que su vástago tiene cualidades de genio.

Bueno, no hay nada malo en ello. La gente es así. (...)

A veces se topa uno con padres que se comportan del modo opuesto. Padres que no demuestran el menor interés por sus hijos y que, naturalmente, son mucho peores que los que sienten un cariño delirante. El señor y la señora Wormwood eran de éstos. Tenían un hijo llamado Michael y una hija llamada Matilda, a la que los padres consideraban poco más que como una postilla. Una postilla es algo que uno tiene que soportar hasta que llega el momento de arrancársela de un papirotazo y lanzarla lejos. El señor y la señora Wormwood esperaban con ansiedad el momento de quitarse de encima a su hijita y lanzarla lejos, preferentemente al pueblo próximo o, incluso, más lejos aún.

Ya es malo que haya padres que traten a los niños normales como postillas y juanetes, pero es mucho peor cuando el niño en cuestión es extraordinario, y con esto me refiero a cuando es sensible y brillante. Matilda era ambas cosas, pero, sobre todo, brillante. Tenía una mente tan aguda y aprendía con tanta rapidez, que su talento hubiera resultado claro para padres medianamente inteligentes. Pero el señor y la señora Wormwood eran tan lerdos y estaban tan ensimismados en sus egoístas ideas que no eran capaces de apreciar nada fuera de lo común en sus hijos. Para ser sincero, dudo que hubieran notado algo raro si su hija llegaba a casa con una pierna rota.

Michael, el hermano de Matilda, era un niño de lo más normal, pero la hermana, como ya he dicho, llamaba la atención. Cuando tenía un año y medio hablaba perfectamente y su vocabulario era igual al de la mayor parte de los adultos. Los padres, en lugar de alabarla, la llamaban parlanchina y le reñían severamente, diciéndole que las niñas pequeñas debían ser vistas pero no oídas.

Al cumplir los tres años, Matilda ya había aprendido a leer sola, valiéndose de los periódicos y revistas que había en su casa. A los cuatro, leía de corrido y empezó, de forma natural, a desear tener libros. El único libro que había en aquel ilustrado hogar era uno titulado *Cocina fácil*, que pertenecía a su madre. Una vez que lo hubo leído de cabo a rabo y se aprendió de memoria todas las recetas, decidió que quería algo más interesante.

—Papá —dijo—, ¿no podrías comprarme algún libro?
 —¿Un libro? —preguntó él—. ¿Para qué quieres un maldito libro?
 —Para leer, papá.
 —¿Qué demonios tiene de malo la televisión? ¡Hemos comprado un precioso televisor de doce pulgadas y ahora vienes pidiendo un libro! Te estás echando a perder, hija...

Entre semana, Matilda se quedaba en casa sola casi todas las tardes. Su hermano, cinco años mayor que ella, iba a la escuela. Su padre iba a trabajar y su madre se marchaba a jugar al bingo a un pueblo situado a ocho millas de allí. La señora Wormwood era una viciosa del bingo y jugaba cinco tardes a la semana. La tarde del día en que su padre se negó a comprarle un libro, Matilda salió sola y se dirigió a la biblioteca pública del pueblo. Al llegar, se presentó a la bibliotecaria, la señora Phelps. Le preguntó si podía sentarse un rato y leer un libro. La señora Phelps, algo sorprendida por la llegada de una niña tan pequeña sin que la acompañara ninguna persona mayor, le dio la bienvenida.

—¿Dónde están los libros infantiles, por favor? —preguntó Matilda.
 —Están allí, en las baldas más bajas —dijo la señora Phelps—. ¿Quieres que te ayude a buscar uno bonito con muchos dibujos?
 —No, gracias —dijo Matilda—. Creo que podré arreglármelas sola.

A partir de entonces, todas las tardes, en cuanto su madre se iba al bingo, Matilda se dirigía a la biblioteca. El trayecto le llevaba sólo diez minutos y le quedaban dos hermosas horas, sentada tranquilamente en un rincón acogedor, devorando libro tras libro. Cuando hubo leído todos los libros infantiles que había allí, comenzó a buscar alguna otra cosa.

La señora Phelps, que la había observado fascinada durante las dos últimas semanas, se levantó de su mesa y se acercó a ella.

—¿Puedo ayudarte, Matilda? —preguntó.
 —No sé qué leer ahora —dijo Matilda—. Ya he leído todos los libros para niños.
 —Querrás decir que has contemplado los dibujos, ¿no?
 —Sí, pero también los he leído.

La señora Phelps bajó la vista hacia Matilda desde su altura y Matilda le devolvió la mirada.

—Algunos me han parecido muy malos —dijo Matilda—, pero otros eran bonitos. El que más me ha gustado ha sido El jardín secreto. Es un libro lleno de misterio. El misterio de la habitación tras la puerta cerrada y el misterio del jardín tras el alto muro.

La señora Phelps estaba estupefacta.

—¿Cuántos años tienes exactamente, Matilda? —le preguntó.
 —Cuatro años y tres meses. (...)
 —¿Qué clase de libro te gustaría leer ahora? —preguntó.
 —Me gustaría uno bueno de verdad, de los que leen las personas mayores. Uno famoso. No sé ningún título. (...)

—Prueba con éste —dijo finalmente—. Es muy famoso y muy bueno. Si te resulta muy largo, dímelo y buscaré algo más corto y un poco menos complicado.

—Grandes esperanzas —leyó Matilda—. Por Charles Dickens. Me gustaría probar.

—Debo de estar loca —se dijo a sí misma la señora Phelps, pero a Matilda le comentó—. Claro que puedes probar. (...)

En el transcurso de la primera semana, la señora Phelps le preguntó:

—¿Viene tu madre todos los días para llevarte a casa?

—Mi madre va todas las tardes a Aylesbury a jugar al bingo —le respondió Matilda—. No sabe que vengo aquí.

—Pero eso no está bien —dijo la señora Phelps—. Creo que sería mejor que se lo contaras.

—Creo que no —contestó Matilda—. A ella no le gusta leer. Ni a mi padre.

—Pero ¿qué esperan que hagas todas las tardes en una casa vacía?

—Ir de un lado para otro y ver la tele.

—Ya.

—A ella no le importa nada lo que hago —dijo Matilda con un deje de tristeza.

A la señora Phelps le preocupaba la seguridad de la niña cuando transitaba por la concurrida calle Mayor del pueblo y cruzaba la carretera, pero decidió no intervenir.

Al cabo de una semana, Matilda terminó *Grandes esperanzas* que, en aquella edición, tenía cuatrocientas once páginas.

—Me ha encantado —le dijo a la señora Phelps—. ¿Ha escrito otros libros el señor Dickens?

—Muchos otros —respondió la asombrada señora Phelps—. ¿Quieres que te elija otro?

Durante los seis meses siguientes y, bajo la atenta y compasiva mirada de la señora Phelps, Matilda leyó los siguientes libros:

Nicolas Nickleby, de Charles Dickens.

Oliver Twist, de Charles Dickens.

Jane Eyre, de Charlotte Brontë.

Orgullo y prejuicio, de Jane Austin.

Teresa, la de Urbervilles, de Thomas Hardy.

Viaje a la Tierra, de Mary Webb.

Kim, de Rudyard Kipling.

El hombre invisible, de H. G. Wells.

El viejo y el mar, de Ernest Hemingway.

El ruido y la furia, de William Faulkner.

Alegres compañeros, de J. B. Priestley.

Las uvas de la ira, de John Steinbeck.

Brighton Rock, de Graham Greene.

Rebelión en la granja, de George Orwell. (...)

—El señor Hemingway dice algunas cosas que no comprendo —dijo Matilda—. Especialmente sobre hombres y mujeres. Pero, a pesar de eso, me ha encantado. La forma como cuenta las cosas hace que me sienta como si estuviera observando todo lo que pasa.

—Un buen escritor siempre te hace sentir de esa forma —dijo la señora Phelps—. Y no te preocupes por las cosas que no entiendas. Deja que te envuelvan las palabras, como la música.

—¿Sabías —le preguntó la señora Phelps— que las bibliotecas públicas como ésta te permiten llevar libros prestados a casa?

—No lo sabía —dijo Matilda—. ¿Podría hacerlo? (...)

A partir de entonces, Matilda sólo iba a la biblioteca una vez por semana, para sacar nuevos libros y devolver los anteriores. Su pequeño dormitorio lo convirtió en sala de lectura y allí se sentaba y leía la mayoría de las tardes, a menudo con un tazón de chocolate caliente al lado. (...)

Resultaba agradable llevarse una bebida caliente consigo y tenerla al lado mientras se pasaba las tardes leyendo en su tranquila habitación de la casa desierta. Los libros la transportaban a nuevos mundos y le mostraban personajes extraordinarios que vivían unas vidas excitantes. Navegó en tiempos pasados

con Joseph Conrad. Fue a África con Ernest Hemingway y a la India con Rudyard Kipling. Viajó por todo el mundo, sin moverse de su pequeña habitación de aquel pueblecito inglés.

El señor Wormwood, experto vendedor de coches

Los padres de Matilda poseían una casa bastante bonita, con tres dormitorios en la planta superior, mientras que la inferior constaba de comedor, sala de estar y cocina. Su padre era vendedor de coches de segunda mano y, al parecer, le iba muy bien.

—El serrín es uno de los grandes secretos de mi éxito —dijo un día, orgullosamente—. Y no me cuesta nada. Lo consigo gratis en las serrerías.

—¿Y para qué lo usas? —le preguntó Matilda.

—Te gustaría saberlo, ¿eh? —dijo.

—No veo cómo te puede ayudar el serrín a vender coches de segunda mano, papá.

—Eso es porque tú eres una majadera ignorante —afirmó su padre.

Su forma de expresarse no era muy delicada, pero Matilda ya estaba acostumbrada. Sabía también que a él le gustaba presumir y ella le incitaba descaradamente.

—Tienes que ser muy inteligente para encontrarle aplicación a algo que no vale nada —comentó—. A mí me encantaría poder hacerlo.

—Tú no podrías —replicó su padre—. Eres demasiado estúpida. Pero no me importa contárselo a Mike, ya que algún día estará en el negocio conmigo —despreciando a Matilda se volvió a su hijo y dijo—. Procuro comprar un coche de algún imbécil que ha utilizado tan mal la caja de cambios que las marchas están desgastadas y suena como una carraca. Lo consigo barato. Luego, todo lo que tengo que hacer es mezclar una buena cantidad de serrín con el aceite de la caja de cambios y va tan suave como la seda.

—¿Cuánto tarda en volver a empezar a rechinar? —preguntó Matilda.

—Lo suficiente para que el comprador esté bastante lejos —dijo su padre sonriendo—. Unas cien millas.

—Pero eso no es honrado, papá —dijo Matilda—. Eso es un engaño.

—Nadie se hace rico siendo honrado —dijo el padre—. Los clientes están para que los engañen.

(...)

—Todo coche que pasa por mis manos recibe el tratamiento —dijo el padre—. Antes de ofrecerlos a la venta, todos ven reducido su kilometraje por debajo de diez mil. ¡Y pensar que lo he inventado yo...! —añadió orgullosamente—. Me ha hecho ganar una fortuna.

Matilda, que había escuchado atentamente, dijo:

—Pero papá, eso es aún peor que lo del serrín. Es repugnante. Estás engañando a gente que confía en ti.

—Si no te gusta, no comas entonces la comida de esta casa —dijo el padre—. Se compra con las ganancias.

—Es dinero sucio —dijo Matilda—. Lo odio. (...)

Aritmética

Matilda anhelaba que sus padres fueran buenos, cariñosos, comprensivos, honrados e inteligentes, pero tenía que apechugar con el hecho de que no lo eran. No le resultaba fácil. (...)

Llegó el señor Wormwood con un llamativo traje de cuadros y una corbata amarilla. (...)

—Bien, hijo mío —dijo—, tu padre ha tenido un día muy afortunado. Esta noche es mucho más rico que esta mañana. He vendido nada menos que cinco coches, cada uno de ellos con un buen beneficio. Serrín en la caja de cambios, la taladradora eléctrica en los cables del cuentakilómetros, un chafarrinón de pintura aquí y allá y algunos otros pequeños trucos y los idiotas se desviven por comprarlos.

Sacó una hojita de papel del bolsillo y la examinó.

—Escucha, chico —continuó, dirigiéndose al hijo e ignorando a Matilda—. Dado que algún día estarás metido en este negocio conmigo, tienes que aprender a calcular al final de cada día los beneficios obtenidos. Trae un bloc y un lápiz y veamos lo inteligente que eres.

El hijo salió obedientemente de la habitación y regresó con los objetos de escritura solicitados.

—Anota estas cifras —dijo el padre, leyendo su hojita de papel—. Compré el coche número uno por doscientas setenta y ocho libras y lo vendí por mil cuatrocientas veinticinco. ¿Lo has entendido?

El chico de diez años anotó, lenta y cuidadosamente, las dos cifras por separado.

—El coche número dos —prosiguió el padre— me costó ciento dieciocho libras y lo vendí por setecientos sesenta. ¿Entendido?

—Sí, papá —dijo el hijo—. Lo he entendido.

—El coche número tres costó ciento once libras y se vendió por novecientos noventa y nueve libras y cincuenta peniques.

—Repítelo otra vez —pidió el hijo—. ¿Por cuánto se vendió?

—Por novecientos noventa y nueve libras y cincuenta peniques —dijo el padre—. Y, a propósito, éste es otro de mis estupendos trucos para engañar al cliente. No digas nunca una cifra redonda. Siempre un poco por debajo. No digas jamás mil libras. Di novecientos noventa y nueve cincuenta. Parece mucho menos, pero no lo es. Inteligente, ¿no?

—Mucho —dijo el hijo—. Eres muy listo, papá.

—El coche número cuatro costó ochenta y seis libras, era una ruina, y se vendió por seiscientos noventa y nueve libras con cincuenta.

—No vayas tan rápido —dijo el hijo, anotando las cifras—. Ya, ya está.

—El coche número cinco costó seiscientos treinta y siete libras y se vendió por mil seiscientos cuarenta y nueve con cincuenta. ¿Has anotado todas esas cifras, hijo?

—Sí, papá —respondió el chico, encorvado sobre el bloc mientras escribía cuidadosamente.

—Muy bien —dijo el padre—. Ahora calcula lo que he ganado con cada uno de los coches y suma el total. Así sabrás cuánto dinero ha ganado hoy tu inteligente padre.

—Son muchas sumas —objetó el chico.

—Claro que son muchas sumas —dijo el padre—. Pero cuando se está en un gran negocio, como lo estoy yo, tienes que ser un lince en aritmética. A mí me llevó menos de diez minutos calcularlo.

—¿Quieres decir que lo calculaste mentalmente, papá? —preguntó el hijo con ojos de asombro.

—Bueno, no exactamente —dijo el padre—. Nadie podría hacerlo. Pero no me llevó mucho tiempo. Cuando termines, dime cuáles son mis ganancias del día. Yo tengo el total apuntado aquí y ya te diré si estás en lo cierto.

Matilda dijo pausadamente:

—Papá, ganaste exactamente cuatro mil trescientas tres libras y cincuenta peniques.

—No te metas en esto —dijo el padre—. Tu hermano y yo estamos ocupados en altas finanzas.

—Pero, papá...

—¡Cállate! —dijo el padre—. Deja de calcular e intentar parecer inteligente.

—Mira tu cifra, papá —dijo amablemente Matilda—. Si la has calculado bien, tiene que ser cuatro mil trescientas tres libras y cincuenta peniques. ¿Es lo que te da a ti, papá?

El padre echó un vistazo al papel que tenía en la mano. Parecía haberse quedado rígido. Estaba muy tranquilo. Hubo un silencio. Luego dijo:

—Repítelo.

—Cuatro mil trescientas tres libras y cincuenta peniques —dijo Matilda.

Hubo otro silencio. El rostro del padre estaba empezando a ponerse rojo.

—Estoy segura de que es ésa —dijo Matilda.

—¡Tú... tú, tramposa! —gritó de repente el padre, señalándola con el dedo—. ¡Lo has visto en mi papel! ¡Has leído lo que tengo aquí escrito!”

La señorita Honey

Matilda empezó la escuela un poco tarde. La mayoría de los niños empezaban antes de los cinco años, pero los padres de Matilda, a los que, en todo caso, no les preocupaba mucho la educación de su hija, se olvidaron de hacer los arreglos precisos con anticipación. Cuando fue por primera vez a la escuela, tenía cinco años y medio.

La escuela para niños del pueblo era un edificio tristón de ladrillo, llamado Escuela Primaria Crunchem. Albergaba a unos doscientos cincuenta niños, de edades comprendidas entre cinco y poco menos de doce años. La directora, la jefa, la suprema autoridad de este establecimiento, era una dama terrible, de mediana edad, llamada señorita Trunchbull.

A Matilda, como es natural, le asignaron la clase inferior, donde había otros dieciocho niños, aproximadamente de su misma edad. La profesora era la señorita Honey, que no tendría más de veintitrés o veinticuatro años. Tenía un bonito rostro ovalado pálido de madonna, con ojos azules y pelo castaño claro. Su cuerpo era tan delgado y frágil que daba la impresión de que, si se caía, se rompería en mil pedazos, como una figurita de porcelana.

La señorita Honey era una persona apacible y discreta; que nunca levantaba la voz y a la que raramente se veía sonreír, pero que, sin duda, tenía el don de que la adoraban todos los niños que estaban a su cargo. Parecía comprender perfectamente el desconcierto y el temor que tan a menudo embarga a los niños a los que, por primera vez en su vida, se les agrupa en una clase y se les dice que tienen que obedecer lo que se les ordene. Cuando hablaba a un desconcertado y melancólico recién llegado a la clase, el rostro de la señorita Honey desprendía una casi tangible sensación de cordialidad.

La señorita Trunchbull, la directora, era totalmente diferente. Se trataba de un gigantesco ser terrorífico, un feroz monstruo tiránico que atemorizaba la vida de los alumnos y también de los profesores. Despedía un aire amenazador, aun a distancia, y cuando se acercaba a uno, casi podía notarse el peligroso calor que irradiaba, como si fuera una barra metálica al rojo vivo. Cuando marchaba por un pasillo —la señorita Trunchbull nunca caminaba, siempre marchaba como una tropa de asalto, con largas zancadas y exagerado balanceo de brazos—, se oían sus resoplidos al acercarse y, si por casualidad se encontraba un grupo de niños en su camino, se abría paso entre ellos como un tanque, y los niños tenían que apartarse a derecha e izquierda. Gracias a Dios, no nos topamos con muchas personas así en el mundo, aunque las hay y todos nos encontramos, por lo menos, con una de ellas en la vida. Si le pasa a usted, compórtese igual que si se hallara ante un rinoceronte furioso en la selva: súbase al árbol más cercano y quédese allí hasta que se haya ido. Es casi imposible describir a esta mujer, con sus excentricidades y su aspecto, pero intentaré hacerlo un poco más adelante. Dejémosla de momento y volvamos a Matilda y su primer día en la clase de la señorita Honey.

Tras pasar lista, la señorita entregó un cuaderno de ejercicios a cada alumno.

—Supongo que habréis traído vuestros lápices —dijo.

—Sí, señorita Honey —respondieron al unísono.

—Bien. Éste es el primer día de escuela para vosotros. Es el principio de once largos años de escuela, por lo menos, que tenéis que pasar todos vosotros. Y seis de esos años los pasaréis aquí, en la Escuela Crunchem, donde, como sabéis, la directora es la señorita Trunchbull. Ella quiere que haya una estricta disciplina en la escuela y, si queréis un consejo, haced todo lo posible para comportaros bien en su presencia. No discutáis nunca con ella. No la repliquéis nunca. Haced siempre lo que diga. Si os enfrentáis a ella, puede haceros papilla. No es cosa de risa, Lavender. Suprime esa sonrisa de tu cara. Haríais bien en recordar que la señorita Trunchbull es muy severa con cualquiera que se sale de las normas de esta escuela. ¿Habéis entendido lo que quiero decir?

—Sí, señorita Honey —canturrearon dieciocho excitadas vocecillas. (...)

Veamos ahora. ¿Alguno de vosotros sabe la tabla de multiplicar por dos?

Matilda levantó la mano. Era la única.

La señorita Honey miró atentamente a la pequeñaja de pelo oscuro y cara redonda y seria sentada en la segunda fila.

—Magnífico —dijo—. Levántate, por favor, y dila hasta donde sepas.

Matilda se puso en pie y comenzó a decir la tabla de multiplicar por dos. Cuando llegó a «dos por doce, veinticuatro», no se detuvo. Siguió con «dos por trece, veintiséis», «dos por catorce, veintiocho», «dos por quince, treinta», «dos por dieciséis...».

—¡Basta! —dijo la señorita Honey. Había escuchado deleitada aquel tranquilo recital y preguntó—. ¿Hasta dónde sabes?

—¿Hasta dónde? —dijo Matilda—. La verdad es que no lo sé, señorita Honey. Bastante más, supongo.

La señorita Honey se tomó unos instantes para digerir aquella curiosa afirmación.

—¿Crees —preguntó— que sabrías decirme cuántas son dos por veintiocho?

—Sí, señorita Honey.

—¿Cuántas son?

—Cincuenta y seis, señorita Honey.

—Veamos algo más difícil, como, por ejemplo, dos por cuatrocientas ochenta y siete. ¿Sabrías decirme cuántas son?

—Sí, creo que sí —dijo Matilda.

—¿Estás segura?

—Claro que sí, señorita Honey, estoy segura.

—Entonces dime cuántas son dos por cuatrocientas ochenta y siete.

—Novecientas setenta y cuatro —respondió al instante Matilda.

Hablaba tranquila y cortésmente, sin ningún alarde de presunción.

La señorita Honey miró a Matilda totalmente asombrada, pero cuando volvió a hablar lo hizo sin alterar el tono de voz.

—Eso es estupendo —dijo— pero, por supuesto, multiplicar por dos es mucho más fácil que por otros números mayores. ¿Sabes alguna otra tabla de multiplicar?

—Eso creo, señorita Honey. Creo que sí.

—¿Cuáles, Matilda? ¿Hasta cuál sabes?

—No... no lo sé exactamente —respondió Matilda—. No sé lo que quiere usted decir.

—Quiero decir que si sabes la tabla de multiplicar del tres.

- Sí, señorita Honey.
- ¿Y la del cuatro?
- Sí, señorita Honey.
- Bueno, ¿cuántas sabes, Matilda? ¿Sabes todas hasta la del doce?
- Sí, señorita Honey.
- ¿Cuántas son doce por siete?
- Ochenta y cuatro —respondió Matilda.

La señorita Honey hizo una pausa y se echó hacia atrás en su asiento, tras la mesa desnuda que había frente a la clase. Se sentía totalmente desconcertada por aquella situación, pero tuvo buen cuidado en no demostrarlo. Nunca se había encontrado con una niña de cinco años, ni siquiera de diez, que supiera multiplicar con tal facilidad.

- Espero que estéis escuchando esto —dijo dirigiéndose al resto de la clase—. Matilda es una chica muy afortunada. Tiene unos padres maravillosos que ya la han enseñado a multiplicar por un montón de números. ¿Fue tu madre la que te enseñó, Matilda?
- No, señorita Honey, no.
- Entonces tienes que tener un padre magnífico. Debe de ser un profesor excelente.
- No, señorita Honey —dijo Matilda reposadamente—. Mi padre no me ha enseñado.
- ¿Quieres decir que has aprendido sola?
- No lo sé muy bien —dijo honradamente Matilda—. Es sólo que no encuentro muy difícil multiplicar un número por otro. (...)

La señorita Honey comenzaba a sentir estremecimientos. No le cabía la menor duda de que se encontraba ante un cerebro matemático verdaderamente extraordinario y en su mente empezaron a revolotear palabras como niña genial y niña prodigio. Sabía que esa clase de maravillas surgen en el mundo de vez en cuando, aunque sólo una o dos veces en un centenar de años. Al fin y al cabo, Mozart sólo tenía cinco años cuando comenzó a componer piezas para piano, y hay que ver a lo que llegó. (...)

Al llegar a ese punto, la señorita Honey no pudo resistir la tentación de explorar más profundamente la mente de aquella asombrosa niña. Sabía que debería prestar alguna atención al resto de la clase, pero estaba demasiado emocionada para abandonar el tema.

—Bien —dijo, aparentando dirigirse a toda la clase—, dejemos de momento los números y veamos si alguno de vosotros sabe ya deletrear. Levantad la mano los que sepáis deletrear la palabra «gato».

Se alzaron tres manos. La de Lavender, la de un chico pequeño llamado Nigel y la de Matilda.

—A ver, Nigel, deletrea «gato».

Nigel deletreó la palabra.

La señorita Honey decidió hacer una pregunta que, normalmente, no se le hubiera ocurrido hacer el primer día de clase.

—No sé —dijo— si alguno de vosotros tres, que sabéis deletrear la palabra «gato», habéis aprendido a leer un grupo de palabras que forman una frase.

—Yo lo sé —dijo Nigel.

—Yo también —dijo Lavender.

La señorita Honey se dirigió a la pizarra y escribió con la tiza la frase «Yo ya he aprendido a leer frases largas». La había puesto difícil a propósito y sabía que había pocos niños de cinco años que fueran capaces de leerla.

—Nigel, ¿sabes lo que dice?

—Es muy difícil —dijo Nigel.
 —¿Y tú, Lavender?
 —La primera palabra es «yo» —dijo Lavender.
 —¿Alguno de vosotros puede leer la frase entera? —preguntó la señorita Honey, aguardando el «sí» que estaba segura que escucharía de Matilda.
 —Sí —dijo Matilda.
 —Adelante —dijo la señorita Honey.
 Matilda leyó la frase sin la menor vacilación.
 —Eso está muy bien —dijo la señorita Honey, haciendo la afirmación de su vida—. ¿Cuánto puedes leer, Matilda?
 —Creo que puedo leer la mayoría de las cosas, señorita Honey —respondió Matilda—, aunque no siempre entiendo el significado.

La señorita Honey se levantó y salió rápidamente del aula, regresando al cabo de treinta segundos con un grueso libro. Lo abrió al azar y lo dejó sobre el pupitre de Matilda.
 —Éste es un libro de poesía humorística —dijo—. Veamos si eres capaz de leer en voz alta. Tranquilamente, sin una pausa y a buena velocidad, Matilda comenzó a leer:
 Un sibarita, cenando en Siso
 encontró un ratón de buen tamaño en su guiso.
 —No grite —el camarero le dijo—
 ni se lo diga a nadie, pues de fijo
 los demás querrán también otro en su plato.

Algunos niños captaron el lado humorístico de la rima y se rieron. La señorita Honey preguntó:
 —¿Sabes lo que es un sibarita, Matilda?
 —Alguien que es muy exquisito con la comida —respondió Matilda.
 —Es correcto —dijo la señorita Honey—. ¿Y sabes, por casualidad, cómo se llama ese tipo de poesía?
 —Se llama quintilla —explicó Matilda—. Ésta es preciosa. Tiene mucha gracia.
 —Es muy conocida —aclaró la señorita Honey, recogiendo el libro y regresando a su mesa frente a la clase—. Una quintilla ingeniosa es muy difícil de escribir —añadió—. Parecen fáciles, pero, desde luego, no lo son.
 —Lo sé —dijo Matilda—. Yo he escrito algunas, pero las mías no son nada buenas.
 —Has escrito algunas, ¿eh? —preguntó la señorita Honey, más asombrada que nunca—. Bien, Matilda, me encantaría mucho escuchar una de esas quintillas que dices que has escrito. ¿Te acuerdas de alguna?

—Bien —dijo Matilda, dudando—. Ahora mismo, mientras estábamos sentados he intentado hacer una sobre usted, señorita Honey.
 —¿Sobre mí? —exclamó la señorita Honey—. Bueno, oigámosla, ¿no?
 —No me atrevo a recitarla, señorita Honey.
 —Recítala, por favor —pidió la señorita Honey—. Te prometo que no me va a molestar.
 —Creo que sí, señorita Honey, porque he incluido su nombre de pila y por eso no quiero recitarla.
 —¿Cómo sabes mi nombre de pila? —preguntó la señorita Honey.
 —Antes de entrar oí a otra profesora llamándola —respondió Matilda—. La llamó Jenny.
 —Insisto en escuchar esa quintilla —dijo la señorita Honey, desplegando una de sus raras sonrisas—. Levántate y recítala.

Matilda se puso en pie de mala gana y muy despacio, y muy nerviosa, recitó su quintilla:

Lo que de Jenny todos tenemos en mente
 es si probablemente
 hay en esta escuela bendita
 chicas de cara tan bonita.
 La respuesta a eso es: «¡Ninguna!».

El rostro pálido y agradable de la señorita Honey enrojeció. Luego, volvió a sonreír una vez más. Esta vez fue una sonrisa más abierta, una sonrisa de puro placer.

—Vaya, gracias, Matilda —dijo, aún sonriendo—. Aunque no dice la verdad, me parece una quintilla realmente buena. ¡Oh, Dios mío, tengo que procurar acordarme de ella!

Desde la tercera fila de pupitres, dijo Lavender:

—Es buena. A mí me ha gustado.

—También dice la verdad —afirmó un chico llamado Rupert.

—Claro que dice la verdad —dijo Nigel.

La clase había comenzado ya a congeniar con la señorita Honey, aunque ella apenas se había fijado en ninguno de ellos, a excepción de Matilda.

—¿Quién te ha enseñado a leer, Matilda? —preguntó.

—He aprendido sola, señorita Honey.

—¿Y has leído libros tú sola? Me refiero a libros para niños.

—He leído todos los que hay en la biblioteca pública de la calle Mayor, señorita Honey.

—¿Te gustaron?

—Desde luego, me gustaron muchos de ellos —contestó Matilda—, pero otros los encontré insulsos.

—Dime uno que te haya gustado.

—Me gustó El león, la bruja y el armario —dijo Matilda—. Creo que C. S. Lewis es un escritor muy bueno, pero tiene un defecto. En sus libros no hay pasajes cómicos.

—En eso tienes razón —dijo la señorita Honey.

—Tampoco hay pasajes cómicos en los de Tolkien.

—¿Crees que todos los libros para niños deben tener pasajes cómicos? —preguntó la señorita Honey.

—Sí —dijo Matilda—. Los niños no son tan serios como las personas mayores y les gusta reírse.

La señorita Honey estaba sorprendida del sentido común de aquella niña tan pequeña.

—¿Y qué vas a hacer ahora que ya has leído todos los libros para niños? —preguntó.

—Estoy leyendo otros libros —aclaró Matilda—. Los pido prestados en la biblioteca. La señora Phelps es muy amable conmigo. Me ayuda a elegirlos.

La señorita Honey estaba apoyada en su mesa de trabajo, mirando maravillada a la niña. Había olvidado por completo al resto de la clase.

—¿Qué otros libros? —murmuró.

—Me encanta Charles Dickens —dijo Matilda—. Me hace reír mucho, especialmente el señor Pickwick.

En ese momento sonó el timbre del pasillo indicando el final de la clase. (...)

El primer milagro

Matilda volvió a sentarse en su pupitre. La Trunchbull se sentó también tras la mesa de la profesora. Era la primera vez que se sentaba durante la clase. Alargó una mano y agarró la jarra de agua. Sujetando la jarra por el asa, pero sin levantarla aún, dijo:

—Nunca he podido entender por qué son tan repugnantes los niños pequeños. Son mi perdición. Son como insectos. Hay que deshacerse de ellos lo más pronto posible. (...)

—Si es un chiste, señora directora, no creo que sea muy gracioso —dijo la señorita Honey desde el fondo de la clase.

—Usted no lo haría, ¿no, señorita Honey? —dijo la Trunchbull—. Y no es un chiste. Mi idea de una escuela perfecta es que no tenga niños pequeños, señorita Honey. Uno de estos días crearé una escuela así. Creo que será un éxito.

«Esta mujer está loca», se dijo la señorita Honey. «Sufre algún trastorno mental. De ella es de la que habría que deshacerse».

La Trunchbull levantó la gran jarra de loza azul y vertió un poco de agua en el vaso. De repente, ¡plop!, con el agua cayó en el vaso la larga y viscosa salamandra.

La Trunchbull dio un grito y pegó un brinco en su silla, como si hubiera estallado un petardo debajo de ella. Los niños vieron también el alargado y viscoso animal de vientre anaranjado, parecido a un lagarto, que se retorció en el vaso, y se pusieron a retorcerse y a dar vueltas gritando. «¿Qué es eso? ¡Oh, es asqueroso! ¡Es una serpiente! ¡Es una cría de cocodrilo! ¡Es un caimán!».

—¡Cuidado, señorita Trunchbull! —gritó Lavender—. ¡Seguro que muerde!

La Trunchbull, la poderosa y gigantesca hembra, siguió donde estaba, con sus pantalones verdes, temblando como una hoja. Le ponía especialmente furiosa el que alguien hubiera logrado hacerla brincar y gritar, porque se enorgullecía de su fortaleza. (...) Su aspecto era más terrorífico que nunca. Sus pequeños ojos negros se fueron encendiendo de furia y odio.

—¡Matilda! —rugió—. ¡Ponte de pie!

—¿Quién, yo? —dijo Matilda—. ¿Qué he hecho?

—¡Ponte de pie, asquerosa cucaracha!

—No he hecho nada, señorita Trunchbull, de verdad que no. Jamás había visto esa cosa viscosa.

—¡Ponte de pie enseñada, asqueroso gusano!

Matilda se incorporó de mala gana. Estaba en la segunda fila y Lavender en la de atrás, sintiéndose un poco culpable. No había pretendido crearle ningún problema a su amiga. Por otra parte, no estaba dispuesta a confesar.

—¡Eres un animal vil, repulsivo, repelente y maligno! —gritó la Trunchbull—. ¡No eres digna de esta escuela! ¡Deberías estar entre rejas, allí es donde deberías estar! ¡Haré que te expulsen de este establecimiento con toda ignominia! ¡Haré que los inspectores te persigan por el pasillo y te arrojen por la puerta a patadas! ¡Haré que el personal te lleve hasta tu casa con guardia armada! ¡Y luego me aseguraré de que te envíen a un reformatorio para niños delincuentes y que estés allí cuarenta años por lo menos!

La Trunchbull estaba tan furiosa que tenía el rostro enrojecido y en las comisuras de los labios se le notaban pequeños espumarajos de rabia. Pero ella no era la única que estaba poniéndose nerviosa. Matilda también estaba poniéndose roja de ira. No le importaba lo más mínimo que le acusaran de algo que realmente hubiera hecho. Comprendía la razón de ello. Sin embargo, para ella era una experiencia totalmente nueva que la acusaran de un delito que en absoluto había cometido. Ella no había tenido nada que ver con aquel repugnante animal del vaso. «Caramba —pensó—, esa infame Trunchbull no me va a echar la culpa de eso a mí».

—¡Yo no he sido! —gritó.

—¡Oh, sí, has sido tú! —le respondió, también gritando, la Trunchbull—. ¡A ningún otro se le hubiera ocurrido una faena como ésta! ¡Tu padre tenía razón cuando me previno contra ti! —la mujer parecía haber perdido por completo el control de sí misma. Estaba vociferando como una loca—. ¡Para ti

se ha acabado esta escuela, jovencita! —gritó—. ¡Para ti se ha acabado todo! ¡Me ocuparé personalmente de que te encierren en un sitio donde ni siquiera los cuervos puedan echarte sus excrementos! ¡Probablemente, nunca volverás a ver la luz del día!

—¡Le he dicho que yo no he sido! —gritó Matilda—. En mi vida he visto un animal como ése.

—¡Tú has puesto un... un... un cocodrilo en mi agua! —gritó la Trunchbull—. ¡No hay ningún delito peor en el mundo contra la directora de una escuela! ¡Ahora siéntate y no digas una palabra más! ¡Vamos, siéntate enseguida!

—¡Pero le digo que...! —gritó Matilda, negándose a sentarse.

—¡Y yo te digo que cierres el pico! —bramó la Trunchbull—. ¡Si no te callas inmediatamente y te sientas, me quitaré el cinturón y lo conocerás por el extremo de la hebilla!

Matilda se sentó despacio. ¡Oh, qué inmundicia! ¡Qué injusticia! ¿Cómo se atrevían a expulsarla por algo que no había hecho?

Matilda notó que empezaba a sentirse cada vez más y más enfadada... tan insoportablemente enfadada que no tardaría mucho en explotar algo dentro de ella.

La salamandra seguía retorciéndose en el vaso de agua. Parecía encontrarse muy incómoda. El vaso no era lo suficiente grande para ella. Matilda miró airadamente a la Trunchbull. ¡Cómo la aborrecía! Miró al vaso con la salamandra. Le hubiera apetecido ir, coger el vaso y arrojar su contenido a la cabeza de la Trunchbull. Se estremeció al pensar lo que la Trunchbull le haría a ella si se atrevía a hacer eso. (...)

Poco a poco, Matilda comenzó a sentir que la invadía una sensación de lo más extraordinaria y peculiar. Sentía especialmente esa sensación en los ojos. Parecía concentrarse en ellos una especie de fluido eléctrico. En lo más profundo de ellos se estaba creando una sensación de poder, una sensación de gran fuerza. Pero notaba otra sensación completamente distinta, que no se explicaba. Era como rayos, como si sus ojos despidieran pequeñas oleadas de rayos. Sus globos oculares comenzaron a calentarse, como si estuvieran gestando una gran energía en su interior. Era una sensación asombrosa. Mantuvo los ojos fijos en el vaso y el poder se fue concentrando en una pequeña zona de cada ojo, creciendo cada vez más, y tuvo la sensación de que de sus ojos salían millones de diminutos e invisibles brazos con manos y se dirigían al vaso que estaba mirando.

—¡Vuélcalo! —murmuró Matilda—. ¡Vuélcalo!

Vio que el vaso comenzaba a tambalearse. Realmente, se inclinó unos milímetros hacia atrás y luego se enderezó de nuevo. Matilda siguió empujándolo con aquellos millones de pequeños brazos invisibles que salían de sus ojos, notando el poder que emergía en línea recta de los dos puntos negros que tenía en el centro de sus globos oculares.

—¡Vuélcalo! —murmuró de nuevo—. ¡Vuélcalo!

El vaso se tambaleó de nuevo. Empujó mentalmente con más fuerza, deseando que sus ojos emitieran más poder. Y entonces, muy lentamente, tan lentamente que ella apenas pudo ver lo que sucedía, el vaso comenzó a inclinarse hacia atrás, más y más hacia atrás, hasta que se quedó en equilibrio sobre el borde del fondo. Allí vaciló unos segundos antes de venirse abajo y volcarse con un fuerte tintineo encima de la mesa. El agua que contenía y la salamandra que no dejaba de retorcerse cayeron sobre el enorme pecho de la señorita Trunchbull. La directora soltó un alarido que hizo temblar los cristales de las ventanas del edificio y, por segunda vez en los últimos segundos, salió disparada de su silla como un cohete. La salamandra se asió desesperadamente al guardapolvo de algodón en la parte donde cubría el pecho, clavando allí sus patas en forma de garras. La Trunchbull bajó la vista y lo vio; soltó otro alarido aún más fuerte y de un manotazo lanzó al animal volando por la clase. Aterrizó en el

suelo, junto al pupitre de Lavender y, con gran rapidez, ésta se agachó, la cogió y la metió en su estuche para otra ocasión. Pensó que era muy útil tener una salamandra.

La Trunchbull, con la cara más parecida a un jamón cocido que nunca, estaba de pie, frente a los alumnos, temblando de rabia. Su enorme pecho subía y bajaba y las salpicaduras de agua formaban una mancha húmeda que probablemente le había calado hasta la piel.

—¿Quién lo ha hecho? —rugió—. ¡Vamos! ¡Que confiese! ¡Que dé un paso adelante! ¡Esta vez no te escaparás! ¿Quién es culpable de esta faena? ¿Quién ha volcado este vaso?

Nadie respondió. La clase permanecía silenciosa como una tumba.

—¡Matilda! —rugió—. ¡Has sido tú! ¡Sé que has sido tú!

Matilda estaba sentada muy tranquila en la segunda fila y no dijo nada. La invadía una extraña sensación de serenidad y confianza y, de repente, se dio cuenta de que no temía a nadie en el mundo. Con el único poder de sus ojos había podido volcar un vaso de agua y derramar su contenido sobre la horrible directora, y quien pudiera hacer eso, podría hacer cualquier cosa.

—¡Habla, ántrax purulento! —rugió la Trunchbull—. ¡Admite que fuiste tú!

Matilda miró directamente a los ojos airados de aquella gigantesca mujer enfurecida y dijo con toda calma:

—Yo no me he movido de mi pupitre desde que empezó la clase, señorita Trunchbull. No tengo otra cosa que decir.

De pronto, toda la clase se alzó contra la directora.

—¡No se ha movido! —gritaron—. ¡Matilda no se ha movido! ¡Nadie se ha movido! ¡Lo ha debido de volcar usted!

—¡Yo, desde luego, no lo he volcado! —rugió la Trunchbull—. ¿Cómo os atrevéis a sugerir una cosa así? ¡Hable, señorita Honey! ¡Usted debe de haber visto todo! ¿Quién ha volcado mi vaso de agua?

—No ha sido ninguno de los niños, señorita Trunchbull —respondió la señorita Honey—. Puedo asegurarle que durante el tiempo que ha estado usted aquí no se ha movido nadie de su pupitre, excepto Nigel, y éste no se ha movido del rincón.

La señorita Trunchbull miró airadamente a la señorita Honey. Ésta aguantó su mirada sin pestañear.

—Le estoy diciendo la verdad, señora directora —dijo—. Debe de haberlo volcado usted sin darse cuenta. Eso puede pasar fácilmente. (...)

El segundo milagro

Matilda no salió con los demás de la clase. Después de que hubieran desaparecido los otros niños, ella siguió en su pupitre, tranquila y pensativa. Sabía que tenía que contarle a alguien lo que había sucedido con el vaso. No podía guardar para sí un secreto tan importante como ése. Lo que necesitaba era sólo una persona, un adulto inteligente y comprensivo que le ayudara a entender el significado de ese extraordinario suceso.

Ni su madre ni su padre le servían. En el caso de que se creyeran su historia, lo cual resultaba dudoso que ocurriera, era casi seguro que no acertarían a comprender el suceso tan asombroso que había tenido lugar en la clase esa tarde. Sin dudarlo, decidió que la única persona en la que le gustaría confiar era la señorita Honey.

Matilda y la señorita Honey eran las únicas personas que permanecían en la clase. La señorita Honey se había sentado a su mesa y estaba hojeando unos papeles. Levantó la vista y dijo:

—Bien, Matilda, ¿no te vas con los demás?

Matilda dijo:

—Por favor, ¿podría hablar con usted un momento?

—Claro que puedes. ¿Qué te sucede?

—Me ha sucedido algo muy raro, señorita Honey.

La señorita Honey se sintió enseguida interesada. (...)

—Sí, Matilda —dijo—. Cuéntame eso tan raro que te ha sucedido.

—La señorita Trunchbull no va a expulsarme, ¿verdad? —preguntó Matilda—. Porque no fui yo quien puso ese animal en su jarra de agua. Le prometo que no fui yo.

—Sé que no fuiste tú —dijo la señorita Honey.

—¿Me van a expulsar?

—Creo que no —dijo la señorita Honey—. La directora se enfadó un poco, eso es todo.

—Está bien —dijo Matilda—, pero no era eso de lo que quería hablarle.

—¿De qué quieres hablarme, Matilda?

—Quiero hablarle del vaso de agua con el animal dentro —dijo Matilda—. Usted vio cómo se volcó sobre la señorita Trunchbull, ¿no?

—Claro que sí.

—Bien, señorita Honey. Yo no lo toqué. No me acerqué a él.

—Ya sé que no lo hiciste —dijo la señorita Honey—. Tú escuchaste que le dije a la directora que era imposible que hubieras sido tú.

—Pero es que fui yo, señorita Honey —dijo Matilda—. De eso es precisamente de lo que quería hablarle.

La señorita Honey se quedó un momento en silencio y miró atentamente a la niña.

—Me parece que no te comprendo —dijo al cabo.

—Me enfadé tanto de que me acusara de algo que no había hecho, que hice que sucediera.

—¿Qué es lo que hiciste que sucediera, Matilda?

—Que se volcara el vaso.

—Aún sigo sin entender lo que dices —dijo amablemente la señorita Honey.

—Lo hice con los ojos —explicó Matilda—. Yo estaba mirándolo y deseando que se volcara y entonces sentí en ellos calor y algo raro y salió de ellos una especie de fuerza, y el vaso se volcó.

La señorita Honey seguía mirando fijamente a Matilda a través de sus gafas de montura metálica y Matilda la miraba también a ella fijamente.

—Sigo sin entenderte —dijo—. ¿Quieres decir que en realidad obligaste al vaso a que se volcara?

—Sí —contestó Matilda—. Con los ojos.

La señorita Honey se quedó callada un momento. No creía que Matilda la mintiera. Lo más probable es que, sencillamente, estuviera dando rienda suelta a su viva imaginación.

—¿Quieres decir que, sentada donde estás, le ordenaste al vaso que volcara y él lo hizo?

—Algo así, señorita Honey, sí.

—Si hiciste eso, entonces es el mayor milagro que haya realizado una persona desde los tiempos de Jesús.

—Lo hice, señorita Honey.

«Es extraordinario —pensó la señorita Honey— con qué frecuencia tienen los niños ideas fantásticas como ésta». Decidió poner fin al asunto de la forma más amable posible.

—¿Podrías hacerlo de nuevo? —preguntó amablemente.

—No lo sé —contestó Matilda—, pero creo que sería capaz.

La señorita Honey colocó el vaso vacío en el centro de la mesa.

- ¿Le pongo agua? —preguntó, sonriendo ligeramente.
—No creo que importe —dijo Matilda.
—Está bien. Adelante, pues. Vuelca el vaso.
—Puede que tarde algún tiempo.
—Tómate todo el tiempo que quieras —dijo la señorita Honey—. No tengo ninguna prisa.

Matilda, sentada en la segunda fila, a unos cuatro metros de la señorita Honey, apoyó los codos en el pupitre y la cabeza entre las manos. Esta vez dio la orden desde el principio. «¡Vuélcate, vaso! ¡Vuélcate!», ordenó, pero sus labios no se movieron y no produjo ningún sonido. Se limitó a pronunciar las palabras mentalmente. Concentró la totalidad de su pensamiento, de su cerebro y de su voluntad en sus ojos y sintió de nuevo, sólo que mucho más rápidamente que antes, la acumulación de electricidad, la fuerza que comenzaba a manifestarse y el calor que empezaba a sentir en los globos oculares y, luego, los millones de diminutos e invisibles brazos con manos que salían y se dirigían al vaso y, sin hacer ningún ruido, ella siguió gritándole al vaso, desde el interior de su mente, que volcara. Lo vio tambalearse, luego ladearse y, luego, volcar con un sonido tintineante en la mesa, a menos de veinte centímetros de los brazos cruzados de la señorita Honey.

La señorita Honey se quedó con la boca abierta y los ojos tan grandes que podía verse el blanco de ellos. No dijo una palabra. No podía. La impresión de ver realizado el milagro la había dejado sin habla. Miraba boquiabierto el vaso, inclinada sobre él, pero lejos, como si fuera un objeto peligroso. Después levantó la cabeza con lentitud y miró a Matilda. Vio que la niña tenía el rostro blanco como el papel y temblaba, con los ojos vidriosos mirando al frente sin ver nada. Tenía el rostro transfigurado, los ojos desenchajados y brillantes y seguía sentada sin hablar, hermosa en medio de aquel silencio.

La señorita Honey esperó, temblando también ella y observando a la niña que, poco a poco, recuperaba la consciencia. Y entonces, de repente, su rostro adquirió un aspecto de tranquilidad seráfica.

- Estoy bien —dijo, y sonrió—. Estoy bastante bien, señorita Honey, no se preocupe.
—Parecías completamente ausente —dijo la señorita Honey en voz baja, atemorizada.
—Lo estaba. Volaba junto a las estrellas con alas de plata —dijo Matilda—. Ha sido maravilloso.

La señorita Honey seguía mirando a la niña con total admiración, como si fuese La Creación, El Principio del Mundo, La Primera Mañana.

- Esta vez vino mucho más rápidamente —comentó muy tranquila Matilda.
—¡No es posible! —exclamó la señorita Honey con voz entrecortada—. ¡No lo creo! ¡Sencillamente, no lo creo! —cerró los ojos y los mantuvo cerrados durante un rato y, cuando los volvió a abrir, parecía haberse recuperado—. ¿Te gustaría venir a merendar conmigo a mi casa? —preguntó.
—¡Oh, sí! Me encantaría —dijo Matilda. (...)